

con acento

Estrellas y galaxias

Juan Antonio Irazabal

En el Universo hay, aproximadamente, 100.000 millones de galaxias, y cada una de ellas contiene, aproximadamente, 100.000 millones de estrellas, comparables a nuestro Sol. Si no fuera por el inmenso prestigio de la ciencia moderna, semejantes cifras nos parecerían pura fantasía. Sin embargo éstas son las dimensiones reales del marco en el que se desenvuelve la historia de la humanidad y nuestras existencias individuales. Los hombres nos imaginamos, primero, que nuestra Tierra era el centro del Universo; pero Galileo hizo añicos nuestro sueño geocéntrico. El heliocentrismo duró menos tiempo aún que el geocentrismo: la astronomía contemporánea nos ha informado de que «el astro rey» no es más que una de las incontables estrellas del Universo (esta vez el adjetivo «incontables» es rigurosamente exacto, porque una vida humana no bastaría para contarlas).

¿Dónde está el centro del Universo? La pregunta ha dejado de tener sentido desde el punto de vista espacial, entre otras razones, porque el Universo se encuentra en continua expansión, según dicen los astrónomos. ¿Será el hombre el centro del Universo? Así lo entendió el pensamiento humanista. «El cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí», eran las dos realidades que llenaban de asombro a Kant. Y, antes que él, Pascal afirmaba rotundamente que «el hombre supera infinitamente al mismo hombre». Con toda probabilidad, tanto Kant como Pascal habrían admitido que el hombre era la razón profunda del Universo, o sea, su centro. El humanismo y la Ilustración fueron antropocentristas.

Pero el hombre posmoderno ya no puede contemplar «el cielo estrellado», sencillamente porque se lo impide la contaminación lumínica de nuestras ciudades. El hombre primitivo o el tradicional vivía inmerso en la naturaleza, en la creación: en contacto con los bosques, los animales, las tempestades, los movimientos de los astros... Hoy, hemos perdido el contacto con la naturaleza y sólo estamos en contacto con «las obras de nuestras manos», con el mundo artificial que nos hemos fabricado: nuestras ciudades –y su asfalto– nuestros medios de transporte, nuestros espectáculos... Nuestras mismas fuentes de placer son cada vez más artificiales y sofisticadas. Del fabuloso Universo que nos descubren los astrónomos lo que más destacan nuestros medios de comunicación son los cohetes espaciales, el vehículo que las grandes potencias van a enviar a Marte... y los extraterrestres. Datos tan elementales como el recordado al comienzo de esta página apenas se mencionan en nuestra cultura científica. ¿Es que nos negamos a buscar –o a aceptar– nuestro lugar en el mundo porque nos tememos que puede ser un lugar demasiado honorable? Finalmente, ¿no estaremos un tanto «desubicados»?

«¿Por qué hay algo y no, más bien, nada?» Esta pregunta fundamental parece agigantarse y hacerse más inevitable cada vez que asomamos la cabeza fuera de nuestra pequeña Tierra. Toda pregunta resulta molesta en un primer tiempo, pero abre horizontes. ■